



ACTO III

ESCENA I

Una habitación

ILLO, TERZKY

TERZKY

DECIDME, ¿qué pensáis hacer con los jefes en el banquete?

ILLO.—Redactaremos un acta, en la cual conste que nos comprometemos en común á seguir adictos al duque, y á verter por él la última gota de sangre, salvo sin embargo el juramento de fidelidad prestado al Emperador... Observad que esta cláusula figurará tan sólo para tranquilizar las conciencias... Ahora bien, así formulado el compromiso, será leído á todos antes del banquete, y no podrá chocar á nadie; pero, fijaos en esto... cuando el vino habrá enturbiado las potencias, presentaremos otro escrito, sin la cláusula, para firmarlo.

TERZKY.—¿Y cómo suponer que se considerarán ligados por un juramento arrancado con astucia?

ILLO.—Bah, cuando estén comprometidos, ya pueden chillar lo que gusten. En la corte darán más crédito á sus firmas que á sus sagradas protestas, y una vez declarados traidores, se verán forzados á serlo; con que harán de la necesidad virtud.

TERZKY.—Perfectamente; me parece bien. Acertemos el golpe, y adelante.

ILLO.—Además, lo que nos importa sobre todo, no es el éxito con los generales, sino persuadir al jefe de que están á su disposición. Obre él resueltamente como si dispusiera de ellos, y suyos serán y los llevará donde quiera.

TERZKY.—Ocasiones hay en que no le comprendo. A veces atiende al enemigo, me hace escribir á Thurn, ó á Arnheim, habla con absoluta confianza de Sesina, y me entretiene horas enteras desarrollando sus planes; y cuando me figuro ser dueño absoluto de su secreto, se me escurre de entre las manos. Me parece que por ahora sólo desea continuar como antes.

ILLO.—¡Renunciar él á sus antiguos proyectos! Os aseguro que ni dormido ni en vela se ocupa en otra cosa. Diariamente consulta los astros acerca del asunto.

TERZKY.—Ah, sí; ¿sabéis que esta noche se encierra con el doctor en la torre para hacer observaciones? Según dicen, esta noche es de gran trascendencia, y han de ocurrir en el cielo grandes fenómenos, esperados mucho tiempo há.

ILLO.—¡Ojalá ocurrieran también en la tierra! Ahora los generales deliran por él y harán cuanto sea dable por no privarse de su jefe. ¡Qué ocasión tan propicia! Vamos á formar una alianza estrecha contra la corte para conservarle el mando, y aunque el pretexto es inocente, ya sabéis que en el calor de la acción bien pronto perdemos de vista el punto de partida. Si el príncipe los halla dispuestos á seguir adelante con una

empresa audaz, la ocasión le seducirá; una vez haya dado el primer paso, que Viena no podrá perdonarle nunca, la fuerza de las circunstancias le arrebatara en su camino. Para él lo más difícil es decidirse; pero en cuanto apremia el momento, recobra todo su vigor y su buen golpe de vista.

TERZKY.—Esto es lo que aguarda también el enemigo para enviarnos un ejército.

ILLO.—¡Vamos!... Hay que hacer más ahora que no hicimos durante años enteros. Si van las cosas de la tierra como deseamos, ya aparecerán las oportunas estrellas. Vamos á ver á los generales. Machaquemos el hierro ahora que está ardiendo.

TERZKY.—Id vos, Illo... yo me quedo á aguardar á la condesa. No dudéis de que no estaré yo ocioso. Si se rompe una cuerda, ya tengo otra preparada.

ILLO.—Cierto... ví que la condesa sonreía con malicia: ¿qué os proponéis?

TERZKY.—Es un secreto..., ¡Silencio!... Ella sale.

(Se va Illo.)



ESCENA II

EL CONDE y LA CONDESA TERZKY saliendo de su gabinete.
Luégo un criado.—ILLO luégo

TERZKY.—¿Viene ella? No puedo detenerle más.

LA CONDESA.—Pronto estará aquí. Dile que venga.

TERZKY.—No sé si el príncipe nos agradecerá lo que hacemos. Sobre esto, no dijo nunca su opinión de un modo claro. Tú me has persuadido, y sabes hasta dónde puedes aventurarte.

LA CONDESA.—Respondo de todo. (*Aparte*) No necesito yo plenos poderes... sin hablar nos comprendemos mi hermano y yo. ¿No he adivinado por qué hizo venir á su hija, y eligió cabalmente á Piccolomini para acompañarla? Los pretendidos compromisos con un novio, á quien nadie conoce, pueden deslumbrar á otros; pero yo adivino su intento. A él no le corresponde mezclarse en estas negociaciones. No, sin duda... Todo lo fía á mi perspicacia... quiero probarle que no se engaña conmigo.

UN CRIADO (*sale*).—Los generales. (*Vase.*)

TERZKY.—Cuida de exaltarle y preocupar su ánimo... Que no vacile en firmar cuando se siente á la mesa.

LA CONDESA.—Atiende tú á los convidados, y tráemelo.

TERZKY.—Mira que todo depende de su firma.

LA CONDESA.—Vé...

ILLO (*volviendo*).—¿Qué estáis haciendo, Terzky? La sala está llena, y todos os aguardan.

TERZKY.—Voy, voy. (*A la condesa.*) Que no tarde... El padre podría sospechar...

LA CONDESA.—Inútil solicitud. (*Terzky é Illo se van.*)

ESCENA III

LA CONDESA TERZKY, MAX PICCOLOMINI

MAX (*asomando timidamente*).—¿Puedo entrar?... (*Se adelanta hasta el centro de la sala y mira en derredor con inquietud.*) ¡No está! ¿Dónde está?

LA CONDESA.—Buscad bien... quizás se oculta detrás de aquella mampara.

MAX.—Ahí están sus guantes. (*Intenta cogerlos y la condesa se lo impide.*) ¡Qué mala!.. ¿Me rehusáis...? Os complacéis en atormentarme.

LA CONDESA.—¿Así agradeceréis mi solicitud?

MAX.—¡Oh!... Haceos cargo de mi intranquilidad!... Desde que estamos aquí... ¡tanto cumplido! no aventurar una sola palabra!... ni una mirada!... No puedo acostumbrarme á ello.

LA CONDESA.—Pues á otros rigores habéis de acostumbraros todavía, mi buen amigo. Debo poner á prueba vuestra docilidad. Sólo con esta condición puedo intervenir en este asunto.

MAX.—Pero ¿dónde está ella?... ¿Por qué no viene?

LA CONDESA.—Es preciso que lo fiéis todo á mi cargo... ¿Á quién hallaréis mejor dispuesto en vuestro favor? Nadie ha de saber y menos vuestro padre...

MAX.—Es inútil la recomendación, porque no hay aquí ni una cara simpática á quien pudiera confiarme. ¡Ay, tía mía! Ó ellos ó yo hemos cambiado mucho... Me siento en medio de ellos como extranjero, y no hallo en parte alguna el menor rastro de mis antiguos deseos y alegrías... ¿Á dónde han ido á parar? Antes gustaba de esa gente, ¡y ahora me parece todo tan vulgar y tan vacío! A mis compañeros los encuentro insoportables; á mi propio padre no sé

qué decirle; el servicio... las armas... todo me importuna... Me pasa exactamente lo mismo que á un alma bienaventurada que volviese del paraíso á sus juegos y pueriles preocupaciones, á sus deseos, á sus amistades, á todas las miserias de la humanidad.

LA CONDESA.—Os ruego, sin embargo, que dirijáis alguna mirada á este mísero mundo, donde cabalmente ocurre en este momento algo importantísimo.

MAX.—Veo en efecto que algo pasa; lo infiero de cierta animación y actividad inusitadas que noto á mi alrededor. Ya lo sabré sin duda, cuando haya terminado... ¿Dónde diréis que estuve, tía?... No os burléis de mí... Me pesaban de tal modo el tumulto del campamento, la importuna multitud de amigos, sus necias chanzas, sus vanas conversaciones, que fui á buscar el silencio y un asilo para mi dicha... no os riáis... he estado en la iglesia. Cerca de aquí hay un monasterio; entré en el santuario y me hallé cabalmente solo. Hay en el altar una imagen pintada de la Virgen, y aunque bastante mala, fué para mí la amiga que buscaba en aquel momento... ¡Cuántas veces he visto á Dios con todo su esplendor, y observé el fervor de los fieles! pero nunca semejante espectáculo me había conmovido como ahora... No sé cómo, vengo á comprender ahora súbitamente la devoción lo mismo que el amor.

LA CONDESA.—Gozad de vuestra ventura, y olvidad el mundo que os rodea, mientras vela y obra por vos la amistad. Pero obedeced dócilmente á quien os muestre el camino de la dicha.

MAX.—¿Dónde está Tecla? ¡Oh felices tiempos aquellos de nuestro viaje en que el alba naciente nos reunía, y sólo la noche nos separaba! Ni caía la arena en el reloj, ni sonaban las campanas. Parecía que el tiempo había detenido para nosotros, como para los bienaventurados, su eterna carrera... ¡Ah, verse forzado á con-

tar las horas, es ya caer del cielo; la campana no suena nunca para los dichosos!

LA CONDESA.—¿Cuánto hace que le habéis dicho vuestro afecto?

MAX.—Esta mañana he aventurado la primera palabra.

LA CONDESA.—¡Cómo!... ¡hasta esta mañana, después de veinte días de verla!...

MAX.—Nos hallábamos en el castillo donde nos habéis alcanzado, más acá de Nepomuck, última estación de nuestro viaje, y estábamos silenciosos y en pié contemplando desde una ventana la vasta campiña, por donde galopaban los dragones de la escolta. Angustiado con la proximidad de nuestra separación, osé pronunciar estas palabras: «Todo esto me advierte, señorita, que he de despedirme de mi felicidad. Dentro de breves horas os hallaréis junto á vuestro padre, y rodeada de nuevos amigos; ya sólo seré para vos un extraño perdido entre la multitud.» «Hablad á mi tía,» me dijo rápidamente. Su voz temblaba; se ruborizó, y alzando lentamente los ojos chocaron con los míos.... Ya no fui dueño de mí.... *(Sale la Princesa y se detiene en la puerta, sin que la vea Max, pero sí la Condesa.)* La estreché con audacia entre mis brazos, y mis labios rozaron los suyos.... pero sonó ruido en la sala vecina; erais vos... Ya sabéis todo lo ocurrido.

LA CONDESA *(tras un momento de silencio, y mirando de soslayo á Tecla)*...—¿Y tan reservado ó tan poco curioso sois que no me preguntáis mi secreto?

MAX.—¿Vuestro secreto?

LA CONDESA.—¡Claro que sí!... Entré en la sala inmediatamente después de haber salido vos, y mi sobrina, en aquel primer momento de sorpresa, me dijo...

MAX *(con viveza)*...—Hablad...

ESCENA IV

Dichos.—TECLA, adelantándose rápidamente

TECLA.—No os molestéis, tía; mejor lo oirá de mis labios.

MAX *(retrocediendo)*.—¡Señorita!... ¡por qué me habéis dejado hablar, Condesa!

TECLA *(á la Condesa)*.—¿Hace rato que está aquí?

LA CONDESA.—Sí, y no puede permanecer mucho con nosotras... ¿Dónde has estado tanto tiempo?

TECLA.—Mi madre volvió á llorar... Veo cuánto padece... y á pesar de todo, me siento dichosa.

MAX *(contemplándola extasiado)*.—¡Ah! puedo volver á miraros! Esta mañana me era imposible... El brillo de vuestros aderezos me ocultaba á mi amada.

TECLA.—¡Será que entonces me mirabais con los ojos, y no con el corazón!

MAX.—¡Ah! Esta mañana, cuando os ví rodeada de los vuestros, y en brazos de vuestro padre; cuando me he sentido extraño á vos, tentaciones me dieron de echarme á su cuello llamándole padre también!... Pero su severa mirada imponía silencio á mis ardientes y vivas sensaciones, y me inspiraban respeto aquellos diamantes que os ceñían la frente como una corona de estrellas. ¿Por qué vuestro padre, al recibirnos, parecía trazar en torno vuestro un círculo mágico? ¿Por qué adornar al ángel como una víctima, é imponer á vuestro corazón risueño el triste peso de la jerarquía? El amor osa dirigirse al amor, pero sólo un rey se atreviera á acercarse viéndoos rodeada de semejante aureola!

TECLA.—¡No hablemos de ese disfraz!... Ya veis

cuán pronto lo arrojé! (*A la Condesa.*) Parece agitado é intranquilo. ¿Por qué, tía? ¿Le habéis afligido? Era otro hombre durante el viaje... ¡Estaba tan sereno, tan parlanchín...! Así quisiera verle siempre.

MAX.—En brazos de vuestro padre, en un mundo nuevo que os acata y reverencia, la novedad del cambio, por lo menos, deslumbrará vuestros ojos.

TECLA.—Confieso, en efecto, que hay aquí muchas cosas que me encantan. Me gusta esa vida y esa animación, ese aparato bélico que renueva en mí mis ideas predilectas, y presta cuerpo y realidad á lo que hasta ahora me apareció como un sueño.

MAX.—En cambio yo, como un sueño veo desvanecerse mi positiva ventura. De la etérea región en que he vivido estos últimos días, caigo otra vez á la tierra; el camino que me conduce á mis antiguos hábitos, me separa del cielo.

TECLA.—Tales mudanzas parecen más suaves cuando llevamos en el corazón un tesoro seguro. En cuanto á mí, cuando me fijo en el exterior, vuelvo á gozar con mayor encanto mi mayor posesión... ¡Qué de cosas extraordinarias y nuevas he visto aquí en poco tiempo, y sin embargo nada serán comparadas con las maravillas que encierra este castillo misterioso!

LA CONDESA (*reflexionando*).—¿Qué hay?... Yo conozco los más oscuros rincones de esta habitación.

TECLA (*sonriendo*).—Á ésta le protegen los espíritus; dos viejos están de centinela junto á la puerta.

LA CONDESA (*riendo*).—Ah! sí; la torre del astrólogo. ¿Y cómo has podido entrar desde luego en este santuario custodiado con tal severidad?

TECLA.—Un viejecito de blanca cabellera y benévolo aspecto, me ha mostrado cierta predilección y me ha abierto la puerta.

MAX.—Es Seni; el astrólogo del duque.

TECLA.—¡Cuántas preguntas me ha hecho! Cuando

había nacido, en qué año, en qué mes; si fué de día, si fué de noche...

LA CONDESA.—Quería hacer tu horóscopo.

TECLA.—Después me ha mirado las manos y ha movido la cabeza, pensativo. Me ha parecido que las rayas no le dejaban muy satisfecho.

LA CONDESA.—¿Y cómo estaba la sala?... Nunca la advertí sino de paso.

TECLA.—De pronto me ha causado extraña emoción pasar, de golpe, de la clara luz del día á las profundas tinieblas, alumbradas tan sólo débilmente por tibios y singulares fulgores. En torno mío, y formando semicírculo, he visto colocadas en fila seis ó siete grandes estatuas de reyes, con un cetro en la mano, y una estrella en la frente, y esas estrellas parecían alumbrar la habitación. «Son—ha dicho mi guía—los planetas que rigen el destino de los hombres, y por eso están representados en figura de reyes. El de más allá, el viejo afligido y ceñudo, que lleva una estrella amarilla oscura, es Saturno; el de enfrente, con la estrella rojiza y revestido de una armadura, es Marte. Ambos son poco propicios á los hombres. La del lado, en figura de una mujer hermosa cuya frente resplandece con suavísimos fulgores, es Venus, el astro del placer. La de la izquierda, Mercurio con alas en los piés. La de en medio, de serena frente, de continente regio y ceñido de una aureola de plata, Júpiter, el padre de los astros, acompañado del sol y de la luna.»

MAX.—¡Oh! No seré yo quien le reproche su creencia en los astros y el poder de los espíritus. No puebla el hombre de fuerzas misteriosas el espacio cediendo sólo al orgullo; para el corazón que ama, la vida ordinaria parece estrecha y mezquina; los cuentos con que mecieron mi infancia encierran un sentido más profundo que la misma experiencia. Sólo el mundo de lo maravilloso responde á mi corazón embelesado, y